

CARLOS, SU ABUELA Y LA MAÑANA

Fernando López Alves

De niño siempre lo había asombrado el ver peinarse a la abuela. Su pelo blanquecino era como un fascinante jeroglífico cuando alargaba la cabeza de la abuela hacia atrás y arriba, en una montaña de círculos concéntricos hebra a hebra de destinos cruzados y horquilla gigantesca. Pero cuando la abuela lo soltaba por las noches, inundando de sexo y de mujer adivinada toda la cama frente al espejo, las tonalidades del blanco amarillento, del blanco blanco y del negro desmerecido lo poblaban de rareza y desconocimiento. La abuela, en esas ocasiones, no parecía la misma.

El cambio lo agarraba tan de dentro, que casi no se atrevía a dirigirle la palabra, mientras observaba estatuarmente el brazo levantado como un apéndice gigante del peine sumergirse en aquella espesura enredada; descubriéndola agresiva y excepcional en el movimiento mecánico y prolijo, pautado tan perfectamente como el péndulo de un reloj.

Cuando las manos blancas y por momentos viejas de la abuela retorcián la selva en una larga trenza, dominándola para enrollarla ciclo a ciclo en el moño de la abuela rutinaria, experimentaba alivio y aflojamiento por encontrarse otra vez con la imagen del cariño y las travesuras compartidas en ausencia de mamá y papá.

Parecía imposible que todo ese volumen de cuerpecitos delgados y casi con personalidad propia formaran una sola cosa estirándose de la frente hacia atrás y de las orejas hacia arriba; para espiralarse como serpientes separadas por el peinetón y vueltas a juntar por su propia naturaleza.

Muchas veces sintió casi el dolor del pelo al ser atravesado por esos cary tan enormes que nacían de unas cajas que no debían tocarse, por esos barrotes seguros e inmutables de aquel peine distinto de todos los demás, en hueso y dorados; o por la reja monstruosa de aquella peineta de dientes largos como dedos de una mano cadavérica y terrible que, nunca supo cómo, podía ocultarse completamente dentro del cráneo de la abuela. Cuando asistía al lacerar y herir de los pobres habitantes del misterio con todos aquellos instrumentos casi de cirugía, oía cómo

se quejaban a gritos en los roces violentos que se les imponían, por la quebradura de su nacimiento, por la tirantez en que se los torturaba y por los compañeros muertos que caían por gravedad; permaneciendo aislados en los cepillos o agonizando en grupo en las encías de los peines. Casi llegó a odiar a la abuela del espejo por eso. Y al verla caminando por la casa, o sentada en su contemplar eterno a través de la ventana, se preguntaba si, en realidad, esos punzones puntiagudos no atravesarían piel y huesos en busca de la profundidad.

Siendo más chico aún, le daba miedo tocar a la abuela en la cabeza: varias veces intuyó en la mata de pelo poderosa y fantasmal una vida propia e independiente que poco a poco sorbía la de la abuela, vengándose por sus sufrimientos y que, meramente por proximidad, querría vengarse de él también.

Recordaría toda la vida, la curiosidad mezcla con temor y desasosiego que aquella masa móvil y turbulenta de telarañas mágicas le provocaba cuando la veía opacarse y cambiar de peso con el agua. Ritualmente era lavada paso a paso, sector a sector, pelo a pelo, empapándose y secándose, llenándose de jabón y pereciendo para volver a resucitar genuina y renovada hacia el enjuague para el sol del patio interior; único testigo de sus confusas personalidades.

Si bien era dominada otra vez en el rodete, un halo de prestigio habitaba en la libertad perdida de algunos rizos rebeldes, donde nace la frente o en las sienes.

Y llegó el día. Llegó el día en que se atrevió a espiar la desnudez de la abuela en todos sus baños que eran día por medio o cada tres días, según el frío, para ver el milagro desenmarañante de pelo suelto.

Pero la abuela, contrariando lo esperado, se enrolló una toalla en la cabeza y se metió a la bañera, luego de desnudarse lentamente y dejarle el corazón y la garganta oprimidas en unos senos flácidos de pezón enorme y unas nalgas que pesaban hacia abajo estirando la piel casi a la fuerza.

Aquel día vivió como por sobre todas las cosas; y, al llegar la noche, no podía apartar los ojos de esa abuela que comía silenciosa al otro lado de la mesa; como siendo lo mismo y no lo mismo que sus padres. Tropezaba con su ropa a sabiendas de qué había más debajo, y un continente de zozobras lo hacían apretar el palo de la silla sin poder contenerse. Aquella noche lograría hacer del resto del mundo algo inexis-

tente. Retornó a la desnudez de unas horas atrás de donde lo separaban milenios de infancia viviéndose culpable, palpó calor en las mejillas, y la vergüenza hizo que mamá tuviera que insistir mucho para que terminara de cenar.

Al acostarse, sintió los pasos de la abuela que llegaba lentamente a la cama contigua a la suya, la presintió desvistiendo como siempre pero no como siempre; la vio bañarse una y mil veces en la bañera blanca, la revivió surgiendo de la piel de la ropa tras capa a capa de telas, de medias, de broches, de botones, de lanas, de tiras, de accesorios, de trapos que no sabía para qué servían pero que se esforzaba tenazmente en recordar de forma exacta; la volvió a observar por todas partes, agigantando y disminuyendo su figura desnuda y sus senos colgantes, sus piernas de mujer más joven, sus cadera anchas y sus nalgas blandas hasta que la respiración entrecortada le dijo que dormía.

Desde ese día, no pudo resistir la tentación de aprovechar las cinco de la tarde, la ausencia de los demás y el escondrijo descubierto que, desde la azotea, le permitía ver, acariciándolo una y otra vez, el baño de la abuela; como repitiéndose siempre de igual modo pero siempre diferente. Hoy notaba un detalle en el cuerpo que la última aventura no le dejó apreciar: en una ocasión, era el movimiento semipendular de los senos vueltos otros cuando la abuela los sostenía con una mano para enjabonarlos; en otra, era tratar de absorber con todo el cuerpo y la atención la forma de los vellos entre las piernas robustas, adivinadas como suavísimas, cuando la abuela metía la mano en medio de las dos; llevando el jabón donde su vista, por más que lo intentó, nunca pudo penetrar. Otras veces, trataba de ver bien y perfectamente la raya que dividía en dos semicírculos el culo enorme y descomunal de la abuela, donde tenía la sensación de que casi podía caber él de cuerpo entero. Ver la abuela de espaldas, de frente o de lado eran mundos distintos que le costaba unir en uno solo. Y los dos universos de las nalgas eran, aún luego de estar habituado a contemplarlos, algo que le producía un desasosiego nervioso delatante e incontrolable cada vez que era espía.

Resultó que cuerpo y pelo eran cosas diferentes. La cabellera, primer personaje del dúo, era objeto de un trato especial. Una vez por semana, la abuela calentaba agua en la olla grande, la mezclaba con fría de la pileta, y la lavaba ceremonial y cuidadosamente; masajeándola y cambiándole casi el color de tanto enjuagarla.

Parecían dos personas distintas: la abuela del baño y la abuela del pelo. Su existencia independiente lo preocupó casi hasta que un día, la abuela metida en la bañera, levantó la vista hasta la banderola y se encontró con un sobrecogimiento que no la dejó decir nada, ni a él retirarse.

Esperó durante días y días la amonestación que no llegó nunca; y aguardó la mano de la abuela en la oscuridad de la noche-sueño de toda la casa, para rezongarlo en susurro; como tantas veces en faltas que quedaban entre ellos dos solamente.

Pero no. Ni rezongos ni amonestación. Pero él evitaba mirar para donde sabía a la abuela a lo largo del día; y por primera vez en la vida no pidió el paseo de su mano los domingos a la tarde por la placita de deportes. No se atrevió a espiar más desde la banderola y pasaron varios baños de cuerpo y cabellos donde se entretenía jugando con la pelota grande o armaba carros, grúas, tractores y edificios con el mecano que nunca, desde el día de Reyes que surgió en sus zapatos, había tomado en serio.

Fue por esa época que todo lo que pertenecía a la abuela le absorbió los pensamientos y los minutos. Cuando nadie lo veía, abría el ropero y sopesaba entre sus dedos la textura de cada uno de los vestidos de la abuela, aspiraba su olor y los miraba al trasluz; metía las manos en todos los pares de zapatos de taco bajo y algunos que nunca le había visto puestos, de taco alto, imaginando que su mano palpaba lo mismo que el pie contemplado tantas veces. Cuando apoyado al borde de la bañera, le cortaban las uñas limpiándolas y limándolas como si fueran independientes a todo. Sólo recordarlo le producía una sensación de aprehensión que sentía subir del estómago a la boca, en una oleada que lo rescataba de alguna otra encarnación donde había sido hombre.

Husmeó durante tiempo en todas las cosas que contenía el tocador frente al espejo; cosas que nunca antes le habían llamado la atención, pero que ahora lo conducían transparentemente a secretos ocultos y promesas íntimas de cosas jamás vistas pero sabidas sin aprender. Toda vez que podía, se peinaba con el peine de la abuela; y aunque lo sentía demasiado grande para su cabeza, se lo pasaba una y otra vez, hasta que el brazo le daba cosquillas de cansancio y tirones de músculos. Los cajones de ropa interior lo impresionaban y seducían. Se pasaba horas en el misterio de comprender el secreto de los sostenes, de las ligas, de los broches de enganche complicados o de los corsé de función inimagin-

ria; entendida sólo luego de mucho tiempo, al recordarlos colgados en el gancho para la ropa del baño de las tardes.

A la hora de la siesta, cambiaba su cama por la vecina, y sorbía todo el cuerpo de la abuela por su propia piel; esforzándose en estirarse al tamaño que exactamente ocupaba todas las noches la respiración silbante que podía reproducir de memoria; con sus altos y sus bajos, con sus agudos y sus graves, con sus lagunas y sus silencios. Oía el perfume de la cabellera mimética aspirando profundo y reteniendo el aire todo el tiempo que podía, hasta sentir latidos fuertes dentro del cráneo y, recién entonces, lo expulsaba en un suspiro largo.

Por primera vez, comenzó a fijarse en qué ocupaba la abuela todo el día de su vida monolítica. Aprendió a adivinarla y presentirla en cada curva, en cada minuto, en cada tarea; anticipándola. Aprendió qué ruido hacía el crujir de su cama al darse vuelta en mitad del sueño, o al levantarse temprano en la mañana, o al acostarse después de él en la luz cavilosa del velador pequeño.

En todo ese tiempo, no se atrevió a besar a la abuela en las buenas noches, y se hacía el dormido en las mañanas para evitarlo; sabiendo que el pecho le tomaba todo el cuerpo en un solo latido de golpe bruto las veces que la abuela, creyéndolo dormido, lo besaba como siempre con sus labios gruesos, antes de que el click del interruptor aliviara las paredes del color cotidiano hacia la oscuridad. Quedaba aprisionado en ese beso de roce suave de cuerpo entero; y lo aguardó por largo tiempo para vivirlo luego todo el día repartido en cada uno de sus juegos. Así, cuando llegó su cumpleaños, y la abuela se acercó bordeando los juguetes nuevos para besarlo en medio de la amenaza de las velitas, lo conquistó otra vez la extrañeza cálida y ansiosa que lo asaltaba en el ventanuco del baño de la casa.

Y llegó el día. Llegó el día en que se atrevió otra vez a subir la escalera de madera, abrir la banderola que daba a la pared del altillo casi llegando al techo, y mirar hacia abajo la desnudez gelatinosa y blanca hundida en un agua color nada; que la alejaba o la acercaba a sus ojos según los movimientos de aquel cuerpo asombroso e infinito. Y ese día, hizo un ruido a propósito. No supo nunca por qué, pero rascó el marco de madera con sus uñas por sobre el ruido chapoteante del líquido mágico del baño; y, cuando la abuela levantó la vista, no se movió: aguantó con firmeza la mirada, agarrándose al marco de la ventana para no marearse y caer al vacío.

Desde esa tarde fue espectador sin miedo del desvestirse de la abuela y de su intimidad, desvergonzándose con tiempo en una complicidad tranquilizadora. Fue en una de esas mezclas de desnudez y atención, que la abuela hizo algo inusitado: se soltó la maraña del rodete antes de entrar al agua. Se lo fue desenrollando despacio, casi acariciando la rebeldía que cobraban poco a poco los blancos, los grises y los negros con su libertad inesperada. La cabellera tomaba el cuerpo despacio y a tiempo de ser ella misma al caer sobre los hombros, la espalda, la cara y los senos de la abuela; que se sintieron casi duros y jóvenes. Y, así, desconocida esta vez completamente, la abuela se enfrentó cara a cara con el espectador que no pudo pensar por unos segundos eternos antes de dejar que la misma agua tocara su cuerpo y sus cabellos.

Tampoco supo por qué, ese día bajó de la escalera rápidamente y se sentó en su cama largo rato, a gastar la imagen milímetro a milímetro en un pensamiento que debía guardársela para el resto de la vida.

Al llegar mamá y papá a la casa, lo encontraron dormido en la cama de la abuela, y mamá preparó el baño con la puerta entreabierta. Tocó la bañera varias veces: reprodujo los pies, la manos, las caderas mullidas, las piernas sin un pelito y las tetas que no parecían de carne de la abuela. Caminó hacia atrás una por una todas las cinco de las tardes de todas las tardes de todas las nalgas blancas de todos los culos atractivos y fantásticos de todas las abuelas que no eran abuelas; con todos sus cabellos y todos sus cambios. Luego, se secó y salió hacia la cena.

Esa noche, después de apagar la luz, la abuela oyó unos pasos diminutos que se acercaban a su cama. Esperó el crujido de la cama al ser invadida y lo sintió. Esperó el recoveco de presión de unas rodillas y unas manos en sus nalgas y su espalda, y fingió estar dormida cuando las manos la tocaron y la rodilla se hundió entre sus muslos. Esperó el roce de unos dedos bajo sus senos espesos y solitarios y, cuando los dedos llegaron, encontró sus yemas mucho más grandes que lo imaginado.

Esperó una eternidad de noche y de silencio y, al compás del tic-tac del reloj despertador, su mano buscó hacia atrás el cuerpecito tembloroso de expectativa. Al encontrarlo, lo apretó contra sí casi con furia.

Esperó, ahora sí, un siglo de relojes y de noches para que las ropas dejaran lugar a las pieles, pegándose una a otra, y la rodilla buscara más entre sus piernas mientras las manos la tocaban ya sin miedo.

Esperó su seguridad y, cuando la tuvo; se dejó llevar en un semi-sueño de roces y de hombre, sabiendo que, por otro tiempo, no volvería a dormir sola.

Así, los tomó la mañana.